



XXXI

OTRA CATÁSTROFE

**L**ARGOS días pasaron sin que la población de Coteruco viera disiparse aquella nube negra, sofocante y abrumadora que cayó sobre todos los ánimos el infausto día más atrás historiado. Muchos, aunque lo confesaban muy bajito, creyendo así ensañarse menos en la memoria de los muertos, pensaban que la mano justiciera de Dios había andado en el asesinato de Patricio; otros sostenían que sus faltas, aunque grandes y muchas, no merecían tan bárbaro y sangriento castigo, porque con algo menos se hubiera satisfecho la justicia humana si le hubiera residenciado; quién tomaba un poco de ambos pareceres, y quién no manifestaba ninguno, aunque todos convenían en compadecer al muerto y encomendarle á Dios. ¡Pero don Frutos! ¡El bondadoso sacerdote, cosido á puñaladas en premio de la generosidad con que

se lanzó al peligro para proteger al débil! En este crimen había circunstancias que espantaban al pueblo; había inhumanidad, barbarie, como en el cometido en Patricio, y además, sacrilegio; y el cielo no podía menos de fulminar su maldición sobre el rebaño que, pudiendo, no había librado á su pastor de las garras del tigre.

Esta creencia y los comentarios á que daba lugar, más el recuerdo del cadáver de Patricio; de la aparición de don Román con el cuerpo ensangrentado del párroco á las espaldas; del aspecto de Polinar al encaminarse á la taberna después de cometido el doble crimen, erizado el áspero cabello, cárdeno el semblante, extrañada y torva la vista, robaron el apetito y el sueño á aquellas gentes, y en muchos días no se oyó un grito en Coteruco, ni despachó el tabernero dos raciones, ni por el club pareció nadie.

En cambio, no sosegaba un punto la portada de don Román, entrando y saliendo por ella las personas que sin cesar acudían á enterarse del estado de don Frutos. Un día se les dijo que el médico le había declarado fuera de peligro; y entonces empezó el pueblo á respirar con desahogo (algo por amor al enfermo, y mucho por creer que con el alivio del cura descargaban de un gran peso á sus concien-

cias) y á entrar en su vida normal; pero, justo es decirlo, ni se acercó al club, aunque sí á la taberna, ni hubo autoridad que redujera á los voluntarios á dar la guardia en el fatal recinto en que había ocurrido la catástrofe. Verdad es que, por unas y otras causas, el *Parlamento* y la *Milicia* habían llegado á ser empalagosos en Coteruco.

Pues bien: todas las enumeradas tristezas y amarguras que abrumaron al pueblo en aquellos días, que pasaron de quince, eran tortas y pan pintado comparadas con las que pesaban sobre el espíritu de don Gonzalo. Sentíase éste poseído de los mismos terrores y supersticiones que el vulgo de Coteruco, y, además, acosado por una cadena de particulares espantos, que, cuanto más tiraba de ella, más pesada y más larga le parecía. Espantábale la muerte de Patricio, por lo que en sí tenía de espantable; pero también porque se juzgaba causante de la tempestad que produjo los destructores rayos. Si él no hubiera tomado tan á pechos la elección y no hubiera azuzado á Polinar contra Patricio, no existiría el crimen cuyo recuerdo le espeluznaba; y cuando su conciencia comenzaba á sacudirse de este cargo, alegando por razón las exigencias del empleo y otras de igual peso, y descansaba su espíritu en un poco de tranquilidad, aparecíasele Gildo, medio loco,

errante de callejo en callejo, de bardal en bardal, como un idiota á veces, desesperado otras, pero siempre jurando vengarse del ingrato que pagó los favores de su padre entregándole á la barbarie de un asesino.

Con respecto á don Frutos, acusábale su conciencia de haber consentido que el anciano sacerdote se encerrara en el antro con la fiera, cuando su deber de alcalde era, puesto que se hallaba en la calle con los curiosos, abrir la puerta que los cobardes cerraron, y entrar á proteger, siquiera con su presencia, al perseguido, en lugar de huir, como huyó, lejos del teatro de los horribles sucesos, con el pretexto de rodearse de algunos voluntarios que dieran fuerza á su autoridad.

En incesante lucha con éstas y las otras cavilaciones, ni hallaba manjar bien sazonado, ni sueño que sus párpados cerrara, ni lecho que le pareciera bien mullido. Y cuando, por un instante, apartaba sus ojos de tan negras visiones y los volvía en torno suyo buscando un escudo con que ampararse contra tan rudo machaqueo, sus tristezas se colmaban, porque veía solo... peor que solo, muy mal acompañado. De aquellos amigos, cuyos consejos habían sido las alas que le encumbraron en Coteruco, ¿quién le quedaba para sostenerle? Nadie. Lucas se había marchado para no volver ni

acordarse más de él; Patricio había muerto, quizá maldiciéndole, y Gildo parecía no vivir sino para odiarle; el pueblo, á cuyo frente se hallaba, ni le quería, ni le temía, ni le respetaba; en el nuevo ayuntamiento no le quedaban más que cuatro perdidos, acaso dispuestos á venderle por un vaso de aguardiente; don Román, que le había despreciado en una ocasión, debía detestarle desde que él le arrancó del hogar entre bayonetas; y por último, ¡hasta don Lope, que con nadie se había metido en el pueblo, se la tenía jurada de muerte, y le había, moralmente, pisoteado! ¿Qué era, pues, el atribulado personaje en la alteza de los puestos que ocupaba, al precio de tantas seducciones, de tantas calumnias, de tanta perturbación y de tantas picardías!... Nada: un irrisorio espantajo, expuesto á todas horas al capricho de los vientos. Así no podía vivir: el vértigo del abismo le dominaba, y á su lado no había una mano que le sostuviera. ¿Cómo salir de tan apurada situación!

El recuerdo de Osmunda surgió, al cabo de los días, en su memoria, como una luz que disipaba las tinieblas que le rodeaban. Osmunda resolvía todas las dificultades. En el amor de la infanzona hallaría él la fuerza que necesitaba y los consuelos de que carecía. Casada Magdalena, ninguna tentación le arrastraba á me-

por parte, cuando se consideraba unido á la hermana de Lucas; y este enlace no le produciría solamente amor y domésticos placeres; daríale también respetabilidad y brillo, ingiriéndose y purificándose la cepa del borracho Bragas en la secular encina de la empingorotada familia de la Casona. Y cuando esto sucediera, ganaría un poderoso auxiliar, ó, cuando menos, perdería un enemigo terrible, en don Lope, ¿Qué otro casamiento podía darle tan estupendas ventajas!

Un día se vistió como en los tiempos de sus más risueñas ilusiones, y se fué á la Casona. Halló á Osmunda triste y hasta desesperada. Don Gonzalo no la había visitado desde el día en que don Lope le visitó á él. ¡Tal miedo le infundió el Hidalgo!

—¡Ingrato!—dijo la infanzona en cuanto le tuvo junto á sí.

—¡Osmundita!—replicó él, poniéndose tierno y melindroso.—No me culpes á mí; culpa á tantas indiznidades como pasan en el mundo.

—¡Sola, sola... siempre sola aquí!... ¡qué tristeza!—exclamó Osmunda casi llorando, y creo que de veras.

—¡Y yo solo, solo... siempre solo allá!—respondió don Gonzalo haciendo pucheros.

—¡Qué pena da eso!

—¿Me amas, sinsonte de mis jardines?

—¿Y me lo preguntas tú... arrullo de mis esperanzas!

—¡Osmundita!...

—Gonzalo mío, ¿qué quieres decir?

—¿Te gusta esta mano?

—¡La adoro!

—Pues vengo á ofrecértela.

—¡Gonzalo!... ¿De veras?... ¿No me engañas?... ¡Jesús... Dios mío!

—¿Por qué te alegras tanto?

—Porque... porque te amaba, y me moría de tristeza lejos de tí... Pero ¿qué vale todo ello, junto al premio que me ofreces!

—Esa pasión me dechiza, Osmundita... ¡Si supieras cuánto te necesito!

—Pues ¿y yo á tí!... ¡Virgen de la Soledad!... ¡Pídeme, pídemme, Gonzalo mío!... ¡pídemme sin tardar un solo instante más! Mi tío está en su cuarto... ¡Vete, háblale!

—¡Cascaritas!—dijo aquí don Gonzalo un poco desconcertado.—¿Y si me recibe mal?...

—¡Imposible!... Yo soy dueña de mi voluntad, y tú no vas á consultar la suya, sino á cumplir con un deber de cortesía.

Don Lope se quedó asombrado cuando conoció las pretensiones del hijo de Bragas. Quizá, aunque tenía de éste la más desastrosa idea, le parecía demasiado pesada la cruz que él mismo elegía para expiar sus pecados. Por lo demás,

bendijo á Dios que le libraba á él del infierno de su sobrina, y sólo puso á don Gonzalo tres condiciones: que la boda había de celebrarse inmediatamente; que Lucas no había de asistir á ella, y que Osmunda se iría desde la Iglesia á casa de su marido.

Todas se cumplieron ocho días más tarde; y Osmunda, después de haberse unido á don Gonzalo ante el cura de Pontonucos, por hallarse aún en cama don Frutos, pasó á ser la señora de la casa de arcos, y del pueblo, por ende.

El alcalde quiso solemnizar sus bodas con fuegos de artificio, maniobras militares, recepción oficial y otras análogas pomposidades; pero la futura alcaldesa, que cazaba más largo que su futuro marido, no queriendo hacer un triste papel al lado de Magdalena, cuyas bodas se recordaban aún por todo el vecindario, le quitó de la cabeza semejantes mamarrachadas, y hasta le exigió que se celebrara el casamiento al amanecer y con extremada modestia. Así se hizo.

Pasado había apenas otra semana de esto que voy refiriendo, cuando los vecinos más inmediatos á aquella ostentosa morada, oyeron resonar en ella fuertes y destempladas voces. Carpio y Gorión salieron de sus respectivas viviendas, y se aproximaron al jardín para ente-

rarse de lo que ocurría en casa del alcalde. La bulla era en el comedor, pieza á la cual correspondía una de las puertas extremas del balcón.

—La señora es la que más grita,—dijo Carpio escuchando.

—Lo mismo me paeció antier,—observó Gorión.

En esto se oyó un estrépito de mil demonios, y vieron Gorión y Carpio salir zumbando una sopera, entre los vidrios despedazados de la puerta entreabierta, correspondiente al comedor, y luégo un pan de dos libras, y después á don Gonzalo mismo, buscando por el balcón una entrada á la sala, y por último, á Osmunda, tirándole con los platos, los cuchillos y hasta las castañas de la mesa.

—¿Qué dices á esto, Gorió?

—Bien á la vista está, Carpio.

—Verdá es... Quien mal anda... ¿Te alcuerdas, Gorió, de estas gentes, menos de un año há?

—Como si lo viera, Carpio: no les cogía en el pueblo... y todo era entre ellos cánticos y solfeo.

—Y ná les bastaba, al auto de apandar y darse jabón.

—Pues vete jilando, Carpio... El uno, echao de su casa y del lugar, á moquitones y testarazos, por su tío; Patricio...

—No me lo mientes, Gorio; que las carnes me tiemblan cuando me acuerdo...

—Gildo no es hombre ya: á una bestia se ameja, fuera del alma; y pa vivir así, morir se es mejor...

—Lástima le tengo, Gorio.

—Tocante al alcalde... con lo visto sobra, Carpio.

—No hay que hablar de ello, Gorio.

—¡Y decir á Dios que esos hombres son los que han perdido al lugar, y nos han dejao á puertas!...

—Harto carolo pagan, Gorio.

—Bien está; pero vete jilando... y no lo echas en olvido, Carpio.

—Más tarde ó más aína, la mano de Dios cobra las deudas; por demás lo sé, Gorio.

—¡Si uno naciera dos veces!...

—Dejémoslo aquí, si te es igual.

—Dejao está por la presente.

—Pues entonces... á más ver, Gorio.

—Que haiga salud, Carpio.



## XXXII

## CONCLUSIÓN

**H**ALLÁBASE don Frutos entre don Román y sus hijos, tomando chocolate después de haber dicho misa por primera vez desde el suceso triste que en aquel pueblo no se olvidaba un punto.

—Ya usted lo ve, señor don Román: me encuentro más fuerte que un roble, y como si nada me hubiera pasado.

—Gracias á Dios, es la pura verdad,—respondió don Román.

—Por consiguiente—continuó don Frutos,—no se negará usted hoy á darme su licencia para volver á mi casita...

—No hay que pensar en eso, señor cura.

—¿Pero usted no ve, alma de Dios, que me está echando á perder? ¿Qué va á ser luégo de mí, acostumbrado, como ustedes me tienen en esta casa, á tantos mimos y regalos! ¿Les parece poco lo que han hecho conmigo hasta hoy

para que todavía?... ¿Quién soy yo, pobre gu-  
sano, para que ángeles como Magdalena hayan  
velado mi sueño, y usted y don Álvaro no se  
hayan separado un punto de mi cabecera du-  
rante tantos días y tantas noches!... ¡Déjenme,  
señores míos; que me avergüenzo de ser objeto  
de tantas bondades, y ya se me figura que tardo  
en volver á mi celdilla, para no ocuparme en  
otra cosa que en pedir á Dios por ustedes, úni-  
ca moneda en que un pobre párroco puede pa-  
gar los beneficios recibidos!

—Y ¿á qué viene esa jaculatoria, señor don  
Frutos?—observó don Román entre grave y  
chancero.—Pues qué, ¿nos conocemos de ayer  
usted y yo? ¿Es un acto del otro jueves, ni que  
merezca andar en papeles, el que yo le alce á  
usted del suelo, donde se halla moribundo y  
abandonado, y le recoja en mi casa, y le preste  
con mis hijos los cuidados que la gravedad del  
mal reclama, y no podría tener en otra parte  
por falta de recursos y de asistentes?

—Cierto, certísimo... y ustedes me perdonen,  
en gracia del sentimiento que me mueve á ha-  
blar así; pero... en fin, señor don Román: seis  
días hace que me hallo en disposición de tras-  
ladarme á mi casa, y usted no ha querido...

—Yo no podía darle á usted el alta en este  
hospital, mientras no le viera consagrado, como  
antes, á sus piadosas tareas.

—Pues ya lo estoy, señor don Román: hoy  
he dicho misa; por consiguiente, venga mi pa-  
peleta.

—No puede ser, señor cura.

—Ya usted lo oye, don Frutos; no hay licen-  
cia,—dijo Magdalena, alegre como unas pas-  
cuas.

—¡Que no puede ser?—exclamó el cura.—  
Pero, señor, ¿por qué?

—Por lo que va usted á oír—dijo don Ro-  
mán en tono decidido, pero con la faz súbita-  
mente transformada, como si abordara el asun-  
to con repugnancia.—No os ocultaré que los  
horrendos crímenes de aquel día infausto, me  
contristaron hondamente.

—Harto se le ha conocido, padre—díjole  
Magdalena,—y aún lleva usted á la vista las  
marcas de la pesadumbre.

—No era el caso para menos, hijos míos...  
Pues bien: desde que le alcé á usted del suelo,  
señor don Frutos, hice el propósito de abando-  
nar este pueblo tan pronto como mis cuidados  
no le fueran á usted necesarios.

—¡Abandonar este pueblo!—repetieron casi  
á un mismo tiempo los tres oyentes asom-  
brados.

—Ni más ni menos. La ridícula vanidad de  
un mentecato, infernalmente explotada por  
dos ó tres bribones, bastó para trocar, en ocho

días, á los hombres más honrados y virtuosos, en un tropel de inmundas bestias. Yo presencié esa caída; y aunque la lloré con el alma, como se llora un bien perdido, nunca me abandonó la esperanza de ver á los extraviados tornar á la buena senda: al fin y al cabo, aquella mancha era de las que se lavan. La necesidad me hizo ver más tarde el borrón que un asesino arrojó sobre este suelo, ya manchado. ¡No quiera Dios que mis ojos presencien la mayor afrenta que puede hacerse á un pueblo cristiano: alzarse el patíbulo entre sus hogares!

—Pero, señor don Román, eso es ir muy lejos con los temores. No creo yo, ni Dios lo permita, que tal cosa aquí suceda.

—Si no sucede, don Frutos... puede suceder, porque motivos hay; y á eso me atengo. Además, llegué á figurarme, no há mucho, ciertamente, que la resurrección de este pueblo estaba á dos dedos de verificarse. Un suceso á que usted no quiso dar importancia cuando yo se le presentaba como muy temible, volvió luego á embrutecer á estas gentes. Esto, aparte del espantoso crimen á que dió lugar, me ha producido un grandísimo desaliento. Las recaídas, después de una grave enfermedad, siempre son muy peligrosas para el enfermo. El caso es que todo esto junto me oprime el alma, y me punza y me espolea, y me obliga á

realizar cuanto antes mi propósito; solo, si vosotros, hijos míos, queréis permanecer aquí; con vosotros, si no os cuesta gran trabajo acompañarme... Iremos á la ciudad, donde, con otra vida y otras costumbres, y viendo otras caras y otros objetos, tan diversos de los que me han rodeado durante tantos y tan felices años, quizá se vayan curando mis heridas poco á poco. Y si Dios es servido de encauzar un día este torrente de groseras y corruptoras pasiones, tornaré á mis lares queridos... si es que la ausencia de ellos me deja vida con qué volver... De todas maneras, hijos míos, yo necesito salir de aquí, porque estos aires me ahogan, y este suelo me abrasa los pies.

Digámoslo con franqueza: ni á Magdalena ni á su marido causó la menor pesadumbre este discurso de don Román. Dejar las soledades del campo, casi en el corazón del invierno, por los atractivos del mundo, nunca desagrada á los jóvenes; y mucho menos si son recién casados, y ricos y venturosos, y, por contera, prestan con el sacrificio un gran favor á un padre sin segundo, como acontecía en el caso de mi cuento. Dolíase Magdalena, es verdad, de los dolores que á tal extremo conducían á aquel dechado de nobleza; pero ¿no era él quien veía en ese extremo la medicina de sus males? ¿No era suya la exigencia de salir de aquel pueblo



á todo trance? Luego no había razón para que ella recibiera con pesadumbre la noticia de un proyecto que, á la par que era muy de su agrado, se encaminaba á curar las tristezas de su padre.

Respondióle en este sentido, ó en otro idéntico, y Álvaro estuvo muy lejos de pensar de distinta manera que su mujer. Cuando el punto se hubo esclarecido lo necesario, y hasta quedó resuelto que Álvaro marcharía al día siguiente á la ciudad, á fin de disponer el alojamiento para acomodarse la familia, mientras con más espacio se arreglaba el albergue definitivo, dijo don Frutos, en todo este concierto, mudo y prudente espectador:

—Muy bien, señor don Román; pero en todo ese plan de vida no veo yo nada que se oponga á mi salida de esta casa; por el contrario, la hace indispensable...

—Es que yo cuento, señor don Frutos—replicó don Román,—con que va usted á hacerme el favor de trasladar su petate á ella... de vivir aquí...

—¡Ésta es más gorda! Pero considere usted, hombre de Dios...

—Todo está considerado, señor cura... Estoy resuelto á no cerrar la casa. Si la cerrara, creería no volver jamás á ella. Nada más triste que un hogar sin lumbre y sin ruido, y con

las puertas siempre cerradas... ¡las puertas, que son los ojos de su fisonomía! Mis criados, mis labranzas, mis ganados... todo seguirá aquí como hasta hoy, sin otra diferencia que ser usted quien vigile y mande, en lugar de ser yo... Me escribirá de vez en cuando; yo le contestaré; y de este modo, me parecerá más corta la distancia que me separe de este desdichado rincón...

—Pero ¿cómo he de atender yo á estos laberintos, sin exponerme á desatender mis deberes?

—Consagrando á los primeros el tiempo que le dejen de sobra los segundos, que será muy bastante: no podía yo pretender otra cosa, señor don Frutos... Por lo demás, tiene usted sobrada afición á la labranza, para que me quede el menor recelo de que, ocupándose en las mías, ha de aburrirse... Y no se hable más del asunto.

Muy pocos días después de este diálogo, y tan pronto como Álvaro escribió desde la ciudad que el albergue estaba dispuesto, acomodaron Narda y Magdalena lo más indispensable en unos cuantos cofres; púsolos Blas bien *acaldados* en un carro, y enviáronse desde luego á la ciudad. Al otro día, muy temprano, oyeron misa todos los de la casa. Cuando á ella volvieron de la Iglesia, había en el corral dos

caballos aparejados y un carro con toldo: éste, con los bueyes uncidos, al cuidado de Blas, ahijada en mano, y los otros, cogidos de las riendas por un mozuero, sirviente también de la casa.

Omito de buen grado todo lo concerniente á los lloriqueos de Narda, á la emoción de Magdalena y á la palidez de don Román, porque se iban, y á los sollozos y gimoteos de Sebia y de las demás que se quedaban. Lo que importa saber es que Magdalena y Narda se acomodaron sobre los mullidos colchones del carro; que don Román y el cura montaron en los caballos, y que en esta guisa salieron de Coteruco y tomaron el camino de Carrascosa, con ánimo de llegar á la primera estación del ferrocarril á hora conveniente. Allí pensaba separarse de ellos don Frutos.

Y andando, andando, después de haber sido despedidos por la curiosidad de medio pueblo y por las lágrimas de todas las mujeres, y hasta (si hemos de atenernos á muy graves informes) por las de Carpio y Gorión, llegaron á lo alto del cerro, cuando el sol, sin una sola nube que manchara el azul purísimo del cielo, inundaba todo el valle en sus cascadas de luz trémula y brillante. Don Román no pudo pasar de allí sin volver los ojos á aquella tierra querida. Allá abajo, casi á sus pies, estaba Coteru-

co tendido sobre los regazos del cerro y de la montaña, como un borracho que ha dormido la mona á la intemperie. Parecíale que aquellas casitas, aún blancas, resto de perdidas virtudes, con sus ventanas entreabiertas y sus aleros tirados sobre la frente, se avergonzaban del sol que las hería de lleno, porque alumbraba los vicios que encubrían. ¡Coteruco!... ¡el cenagal deletéreo, de que era preciso huir para no envenenarse en su atmósfera! ¡Coteruco!... ¡antes plantel de virtudes, á la sazón foco de la pestilencia que iba llevando la muerte, de pueblo en pueblo, á todo el valle!

En éstas y otras cavilaciones, dejando vagar la imaginación en un golfo de conjeturas y supuestos, sus ideas llegaron á adquirir realidad y formas delante de sus ojos; y hubo un momento en que vió arder los caseríos, perdido el amor al trabajo, corrompida la fe y desenfrenada la discordia; y destrozarse, al último, los pueblos entre sí, sobre aquellas verdes praderas convertidas en sangriento campo de batalla.—«Ya vais,» pensó entonces, «ya vais, ilusos, en el concierto de los pueblos libres; pero vais como la piedra arrastrada por el torrente, entre el légamo del fondo, obstruyendo el cauce y embraveciendo sin cesar las aguas que corren sobre vosotros al mar de todas las ambiciones. Ayer teníais los hogares llenos de paz y

de abundancia; hoy vivís hambrientos, desnudos, desesperados y con la envidia y el odio en el corazón. ¡Esto os han dado los apóstoles que os *redimieron* de la *esclavitud* de la fe y del trabajo honrado!»

Para sacudirse don Román de aquella abrumadora pesadilla, apartó sus ojos del valle, y se volvió hacia don Frutos, que le aguardaba á algunos pasos de distancia. Unióse á él, y juntos caminaron corto trecho, hasta alcanzar el carro que iba á empezar á descender por la otra vertiente, después de haber seguido la parte llana del camino sobre la loma del cerro. En aquel instante se fijó don Román en un bulto negro que descollaba sobre el *Potro de don Lope*. Eran las espaldas del Hidalgo. Enderezó éste todo el busto al oír el ruido de los que llegaban; volvió la varonil cabeza, y se descubrió con noble marcialidad al conocer á don Román. Contestaron éste y don Frutos al saludo en igual forma, y Magdalena con su pañuelo; y después de contemplarse breves instantes ambos caballeros, cubrióse don Lope y tornó á su primera postura, apoyando los codos en sus muslos y hundiendo la cabeza entre las manos... Visto de perfil en aquella actitud, con su barba blanca, y descansando sobre las espaldas las anchas alas de su chambergo, tenía algo del viejo profeta llorando sobre los es-

combros de la ciudad impía. Don Frutos dijo á don Román, cubriéndose ambos la cabeza:

—¡Qué lástima que tan hermoso corazón se halle bajo tan ruda corteza!

—Peor fuera la sensibilidad en la envoltura y la corteza en el corazón,—respondió don Román.

—Verdad es,—dijo el cura.

Anduvieron algunos pasos en silencio, y de pronto se dió don Román una palmada en la frente.

—¿Qué se le ocurre á usted?—le preguntó don Frutos.

—Ocúrreseme—contestó, señalando con la diestra hacia don Lope,—que con ese corazón de oro y ese carácter de hierro, por apoyos, acaso no se hubiera derrumbado nuestra obra de Coteruco.

—Ya; pero ¿quién era el guapo que los arriaba á ella?

—Otro corazón tan grande como el suyo... si yo no hubiera tenido una venda sobre los ojos.

Momentos después, los dos jinetes y el entoldado vehículo desaparecían al otro lado del cerro.

Y es fama que en aquel instante, Osmunda, que apostada en su balcón no los había perdido de vista desde que empezaron á subir la

cuesta, exclamó, dirigiéndoles un burlesco saludo con la mano:

—¡La del humo!

Y se añade que, habiéndola reprendido el alarde el perínclito «de la Gonzalera,» que á su lado estaba, dióle ella un soplamocos, y le dijo por consuelo:

—¡Estúpido! ¿todavía no has comprendido que aquello tenía que barrer á esto, más tarde ó más temprano?

—¿Por qué razón?—diz que preguntó el alcalde, entre curioso y dolorido.

—Porque una sola de sus virtudes pesa más que todos nuestros miserables artificios... Cállalo; però no lo olvides.

Septiembre de 1878.



## ÍNDICE

	Págs.
Al señor don R. de Mesonero Romanos.....	5
I.....—Que puede servir de introducción.....	7
II.....—El Estudiante.....	56
III.....—Lo que Narda ignoraba.....	63
IV.....—Los de la Casona.....	75
V.....—Los propósitos del Estudiante.....	93
VI.....—Don Gonzalo.....	105
VII.....—Cómo empezó.....	131
VIII.....—Los primeros miasmas.....	145
IX.....—La feria de Pedreguero.....	153
X.....—Lo que descubrió la feria.....	173
XI.....—Ægri somnia.....	189
XII.....—El cenagal de Coteruco.....	199
XIII... —La bola de nieve.....	215
XIV... —Cómo estaban los mejores.....	225
XV.....—El verdadero fondo del cenagal.....	237
XVI... —El festin.....	245
XVII... —Más leña al fuego.....	257
XVIII... —Luz entre sombras.....	265
XIX.....—Historia de cinco meses.....	281
XX.....—Los relámpagos.....	291

	<u>Págs.</u>
XXI...—El estampido.....	299
XXII...—El fruto de la semilla.....	315
XXIII...—En el que habla don Lope.....	331
XXIV...—En el que sigue hablando don Lope.....	347
XXV...—El club.....	359
XXVI...—La fuerza de la razón.....	373
XXVII...—La luz de una conciencia.....	385
XXVIII...—Nubes siniestras.....	397
XXIX...—Sucesos transcendentales.....	407
XXX...—La catástrofe.....	421
XXXI...—Otra catástrofe.....	439
XXXII...—Conclusión.....	449



